

EL ZULIA ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

TOMO I.

MARACAIBO: 30 DE NOVIEMBRE DE 1889

NUM. 12

EL ZULIA ILUSTRADO

Director y Editor: E. LOPEZ RIVAS

Manuel María Bermúdez Avila.

NACIÓ BERMÚDEZ ÁVILA en esta ciudad de Maracaibo el 22 de Febrero del año de 1838. Sus estimables padres, José del Carmen Bermúdez y Micaela Ávila, pusieron especial empeño en la educación del hijo querido; y fomentando su natural inclinación le dedicaron á los estudios de Marina que concluyó con lucimiento en el Colegio Nacional, á los dieziocho años de su lozana juventud. Al arrullo de nuestras brisas y bajo el influjo de nuestro ardiente sol, creció BERMÚDEZ animado por esperanzas de gloria y de felicidad: sueños de poeta que si le acariciaron en su lozana juventud, conquistándole más de un triunfo así en su vida pública como en las lides literarias, no obtuvieron nunca cumplida realización; circunstancia que fue parte á cambiar la nativa índole jovial, ardorosa y franca, por el estado de abatimiento moral que se manifiesta en sus últimas composiciones poéticas, é hizo desgraciados los posteriores instantes de su vida.

Algún secreto del corazón influyó también, quizás, para que ese cambio se efectuase, cortando el vuelo á la ardorosa fantasía del poeta, para dar lugar al lamento de la decepción y al grito desconsolador de la duda...

Sólo así puede explicarse que el bizarro joven, ante quien se abrió el camino de un brillante porvenir, cuando terminados con notables provechos sus estudios de Marina, entró en el mundo en el ejercicio de esa atrevida y noble profesión que tan bien se avenía con su carácter altivo, y en la cual alcanzó los más altos grados y merecidas distinciones, torciese luégo el rumbo como falto de guía - velados á sus ojos los fulgores del astro propicio - para ir á naufragar en el piélago de la desgracia, sin hallar otro abrigo que la bendita caridad.

Vano empeño sería el de seguir como biógrafos los accidentes de la incierta vida de BERMÚDEZ ÁVILA, y bien triste relación la nuestra al pintar las peripecias que la hicieron difícil y azarosa; y por tanto, renunciaremos á esa empresa para ocuparnos sólo en delinear algunos rasgos característicos del poeta.

BERMÚDEZ ÁVILA, como escritor, se formó por sí solo; debió su educación literaria á la lectura, y escribió versos obedeciendo á nativa inclinación: de aquí que sus composiciones se resientan en lo general del deficiente estudio de los secretos del lenguaje y de las reglas del arte, que habrían realizado en mucho sus producciones, en las cuales se admira



Manuel María Bermúdez Avila.

siempre el vigor del concepto, la soltura de la versificación, la delicadeza del pensamiento y la belleza de las imágenes; pero no todas veces lo correcto de la forma ni lo castizo de las dicciones.

Las circunstancias de su existencia no le permitirían, por otra parte, dedicarse á estudios ni á trabajos serios de literatura; y ésa tal vez la razón de que no haya dejado una obra de largo aliento, por más que su inteligencia fuese capaz de concebirla y realizarla, y sus estrofas dignas de levantados poemas.

En su predilección por la poesía lírica, BERMÚDEZ ÁVILA ensayó casi todos sus tonos, dejando buenas muestras de la oda levantada en la que escribió *A Venezuela*,

la que feliz brotó de las espumas
del piélago marino;
la que en sus triunfos se adornó con plumas
y lauro diamantino:
lucero que al brillar rasgó las brumas...

y en el *Canto al Colegio Vargas*, valiente composición escrita en fáciles y armoniosas liras y en la cual campean la elevación del pensamiento y el vigor del estilo.

El *Canto Fúnebre* que escribió á la memoria del insigne poeta venezolano don José Heriberto García de Quevedo, es una buena poesía elegiaca, desbordante de sentimiento, y en cuyas sonoras estrofas se traduce la admiración del autor por el malogrado vate,

numen que á su existencia soñadora
prestara inspiración desde la aurora
de su feliz niñez;

y á cuyo recuerdo exclama entristecido:

Que de la gaya planta, hoja tras hoja
; cuán triste cae á la memoria mía,
sobre la cruda eternidad sombría
donde á perderse va!

En la poesía erótica es BERMÚDEZ ÁVILA ardoroso á la vez que tierno y delicado. Describe la pasión, canta la hermosura y expresa los delirios del alma, sin recurrir á esos resortes de mal gusto con que los poetas naturalistas adornan sus producciones, y que, en lugar de las dulces expansiones del sentimiento, causan la excitación de los sentidos. . . . Leed, si no, la *Batelera* y sentiréis pasar blandamente sus versos suaves y armoniosos, como leda brisa sobre las aguas de sereno lago rizando imperceptiblemente la superficie azul; y todo para llevarnos sin esfuerzo á aquel

Por fin llegó temblando
la niña hermosa,
ensayé mis baladas,
lloró... y ahora,
con las estrellas,
miro cubierta el agua
de blancas perlas.

En *La Inspiración*, y en la *Niebla* á la célebre actriz lírica doña Francisca Muñoz de Blen, que son tal vez de sus mejores composiciones, el poeta da muestras de sus buenas dotes para

la poesía descriptiva, con el lujo de enumeración en que recuerda las bellezas exuberantes de nuestra zona, con todos los rumores del lago, murmurios de fuentes, susurro de palmas, giros de brisa, canto de aves y tibo resplandor de luna. . . .

Pero las composiciones del inspirado vate, que soñando dichas cantó en su primera juventud en tan dulces tonos, cambiaron esa faz sencilla por otra que revela á cada línea ilusiones desvanecidas, esperanzas muertas, profundos dolores que desbordaban del corazón.

Y es en este período cuando toma verdadera fisonomía el poeta, pues sin lugar á duda, sobresalen entre sus composiciones: *A mi madre*, que el autor termina, después de vencer las dificultades del metro, con esta bellísima estrofa:

Mientras sañudo me arrebató el sino
sin una luz que á mi esperanza cuadre,
álza tus preces al Creador divino,
álzalas, madre!

la que tituló *Melancolía*, en que el autor derrama toda la que siente su espíritu, para hacérsola contemplar en los

celajes postrimeros de la tarde,

en los pálidos rayos que la luna vierte

en medio de los nácares del cielo,

en la

ola tendida que en la playa muere,

en la brisa de los sepulcros, en el aire impalpable, en el

magestuoso silencio de la nada
donde el misterio indefinible impera:

y *Á una nube*, bellísimas lirás en que manifiestan las mismas impresiones de melancolía y duda que torturaban al poeta y que le hicieron exclamar:

Cuitado peregrino,
yo seguiré llorando, frágil nube,
en medio á mi camino:
cúmple también tu sino;
abismate en el mar, desciende ó sube!

Flexible versificador, BERMÚDEZ AVILA manejó con habilidad y soltura el verso corto, el endecasílabo y el alejandrino, en casi todas sus combinaciones métricas; sobresaliendo en la formación de esa estrofa difícilísima de catorce versos, tormento halagador de los poetas.

Escribió muchos sonetos de mérito, pero de ellos se ha extraviado la mayor parte; en nuestro concepto, merecen particular mención *Mi suerte*, *El Diluvio*, *En el centenario de Bello*, *Á una niña* y *Metamorfosis*.

Con las disposiciones de que dio muestras, si una vida tranquila hubiese permitido á nuestro malogrado poeta cultivar con más contracción y esmero las letras, habría llegado á figurar entre nuestros más connota-

dos literatos; si bien es cierto que, á pesar de todo, envidiable es por hermosa la corona que ciñó su frente, y clara prez tiene el Zulia en su renombre.

Y hay razón en verdad para que Maracaibo le recuerde, pues la memoria de la Patria fue para él religión inviolable, sagrado culto que ocupó toda su vida, teniendo siempre en sus cantos notas de dulce recordación para la tierra amada que le vio nacer.

Nosotros escribimos estas líneas cuando apenas ha cumplido un año el triste momento de su muerte, acaecida, como en cumplimiento de sus esperanzas, en esta ciudad el 17 de Mayo de 1883; y á su memoria las dedicamos como expresión sincera de nuestro afecto hacia el hombre, y de la admiración que sentimos por el poeta que en una de sus últimas composiciones, al volver al hogar, exclamaba:

Algo me dice la gentil palmera
para quien tiene el aura suave halago,
y á cuya sombra mi canción primera
fue mi saludo al esplendor del lago. . . .

Del lago!..oh sí, del lago!.. ¡Y no es mentira
que tras cruento retiro, duro y tardo,
ave que busca el nido y que suspira,
se halle en su Patria, sollozante el bardo!

L. González Peña.



Saqueo de Maracaibo en 1642 y 1643



El día 23 de Diciembre de 1642 se acercó á Maracaibo un corsario inglés con once bajeles, cumpliendo órdenes de la Junta establecida en Londres que lo había despachado para que tomase dicha ciudad y la de San Antonio de Gibraltar. Los vecinos huyeron, quedando algunos muertos y heridos, pues el corsario había echado en tierra mil infantes. Así fue que la ciudad fue saqueada por el inglés, quien se apoderó de cuatro bajeles que estaban en el puerto y, con amenazas de incendiar la población, logró sacar de los vecinos la suma de diez mil ochocientos patacones, y luego abandonó á Maracaibo, llevándose cuarenta piezas de artillería, las campanas y todas las piezas de metal que halló á la mano.

Siguió el corsario para Gibraltar, y en 1º de Febrero de 1643 intentó que esta ciudad se rescatase como lo había hecho Maracaibo; pero se negó á ello el gobernador de Mérida que la defendía, don Félix Fernández de Guzmán, haciéndole resistencia desde las fortificaciones con que estaba apercebido, lo que obligó al corsario á retirarse, no sin robar al paso algunas haciendas de la Costa.

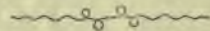
El Gobernador de Venezuela, que para la fecha estaba ya en Maracaibo, quiso hacerle algún daño, pero se lo

impidió la falta de gente, municiones y bajeles. Sólo pudo dar sobre algunos enemigos que habían salido á proveerse de carne en los hatos, de los cuales unos quedaron muertos en la refriega y otros prisioneros. Por éstos se supo que en Curazao se apresaba el corsario holandés Enrique Gerardo para entrar otra vez á la laguna, la cual había ya saqueado y robado dicho corsario en Octubre de 1641, llevándose de botín, según la opinión general en aquella época, más de treinta mil ducados.

En vista de todo esto, la Audiencia y Cancillería del Nuevo Reino de Granada, siendo presidente y capitán general don Martín de Saavedra y Guzmán, tomó providencias en Abril de 1643, cuando tuvo noticias ciertas de la invasión de la laguna, ordenando fortificar la barra de Maracaibo con un fuerte capaz de ocho ó diez piezas de artillería y de cuarenta plazas con oficiales y artilleros. Y como tal obra de defensa era de común interés para el gobierno de Venezuela y el del Nuevo Reino, por pertenecer á éste el puerto y ciudad de Gibraltar, cuya riqueza venía á menos con tantos robos y piraterías, la Audiencia, estimando el costo del fuerte en seis mil pesos, dio orden para que del impuesto de la sisa, correspondiente á Mérida, se pusieran á la orden de los oficiales Reales de Maracaibo tres mil pesos con destino á la fábrica de dicho fuerte, disponiendo, además, que la artillería se llevara de Gibraltar, junto con la mitad de los mosquetes y la pólvora necesaria que en calidad de auxilio habían sido remitidos de Santafé.

(Estas noticias son extractadas de manuscritos originales existentes en el archivo del Registro público de Mérida.)

TULIO FEBRES CORDERO



Don José Antonio Almarza.



DE una de las familias más distinguidas por sus riquezas y posición social, nació en Maracaibo, capital de la Sección Zulia, este notable servidor de la magna causa de la Independencia, en la penúltima década del siglo pasado.—Cuando estalló en Caracas el movimiento revolucionario de 19 de Abril de 1810, su eco repercutió en Maracaibo, donde fue recibido con simpatía, por un grupo de ciudadanos, si poco numeroso, potente por su calidad, posición y bienes de fortuna.—La Junta Suprema de Caracas, al instalarse, tomó entre otras providencias la de enviar comisionados á las otras provincias de Venezuela, con el objeto de invitarlas á seguir el movimiento; y fueron dirigidos á Coro y Maracaibo, los señores don Diego Jugo, doctor don Vicente Tejera y don Andrés Moreno, los cuales fueron presos en Coro y remitidos á

Maracaibo, al Gobernador Millares, que los deportó á Puerto Rico, enviándolos al Capitán General de aquella isla, en la goleta *Nuestra Señora de los Clarines*, que zarpó de Maracaibo el día 21 de Mayo de 1810.—Pero la chispa lanzada de Caracas había encontrado pábulo en Maracaibo, y los señores "Domingo B. Briceño, hermano del famoso Antonio Nicolás, no menos fogoso y arrojado que éste, pero más sagaz, más ilustrado y cuerdo; el doctor don Luis Ignacio Mendoza. Canónigo de Mérida, varón de gran virtud y ciencia, muy querido y respetado en el país, auxiliados con sus riquezas, ó su influjo, ó su valor, por Francisco Yepes que murió después gloriosamente en el campo de batalla, JOSÉ ANTONIO ALMARZA, los hermanos Luis y Lucas Baralt y pocos más, entre los cuales había algunos sacerdotes",¹ diéronse á trabajar en el sentido de organizar un movimiento que correspondiese al de Caracas; desgraciadamente la tentativa primera de estos patriotas se frustró por haberla delatado á las autoridades españolas uno de los comprometidos; y fortuna fue para ellos que, tanto el Gobernador Millares como don Ramón Correa, Jefe militar de la provincia, eran excelentes sugentes y las pasiones no se habían encandecido aún, por lo cual no tuvo aquella tentativa un resultado desastroso para aquellos patriotas; Briceño y otros se fugaron, y los demás que fueron arrestados, obtuvieron poco después su libertad. Posteriormente, en Febrero de 1812, tramaron otro movimiento los patriotas maracaiberos, que, delatados por un clérigo, fue inmediatamente sufocado por el Gobernador don Luis de Porras que había reemplazado á Millares, y entonces fue preso ALMARZA y enviado con otros á los calabozos del Castillo de Puerto Cabello; afortunadamente para él, era por entonces capellán de dicha fortaleza un fraile, su pariente de su mismo apellido, el cual favoreció su evasión, y fue á prestar sus servicios en el ejército hasta el año de 1821, en que tornó á su ciudad natal, ya independizada del gobierno español. Hombre de mucha inteligencia y de no común instrucción, don JOSÉ ANTONIO ALMARZA fue un ciudadano notable por su carácter y por el culto que rindió á las letras; desgraciadamente se conserva muy poco de sus producciones, y nosotros sólo poseemos de él un soneto y una décima; el primero improvisado en el banquete con que la ciudad de Maracaibo obsequió al LIBERTADOR á su paso por allí en 1826; y la segunda, estando en la cárcel, con motivo de haber sabido que don Luis de Porras quería ponerlo en libertad, y no lo hacía porque Millares se oponía.—Principiado habían los émulos de BOLÍVAR á conspirar contra la integridad de Colombia, y sabido es que ellos le

achacaban el deseo de coronarse, calumnian que nació de las proposiciones que en este sentido le habían hecho; y que él rechazó siempre con toda la energía de su alma verdaderamente republicana.—Cuéntase que en el banquete habían tomado ya la palabra algunos de los concurrentes, y que, sabiendo BOLÍVAR que ALMARZA era muy feliz improvisador, le envió un vaso de vino exigiéndole que hablara en verso; vaciló un momento, pero instado de nuevo, púsose de pie, y dirigiéndose al LIBERTADOR, dijo:

Desdeñaste, señor, con heroísmo
una diadema que ofrecer quisieron
los intrigantes que jamás supieron
comparár á Bolívar con él mismo.

Y si tanto has odiado el despotismo,
si tus grandes virtudes te ascendieron
á mandar corazones que ofrecieron
respetarte, señor, sin servilismo;

¿Será extraño que niires con horror
las coronas de pérfidos tiranos?
Tu dominio te da más esplendor

mandando corazones colombianos,
que es más augusto ser *Libertador*
y más heróico ser republicano.

La décima dice así:

Si el doctor Pedro Recio privó á Sancho
que comiese de todos los manjares,
tú también, Porras, tienes en Millares,
un Pedro Recio que te priva el rancho.
A la hora de ésta te ha llenado el pancho
de tantas novedades y primores,
demandas, cuentos, chismes y horrores,
que metido entre tanto chapapote,
ó serás de Millares el virote
ó te harán como Sancho los honores.

ALMARZA fue ascendido por el LIBERTADOR, en 6 de Febrero de 1827, al grado de Capitán vivo y efectivo de infantería con grado de primer Comandante y con la antigüedad de 15 de Mayo de 1824, pero generalmente se le daba el título de Coronel. Habiendo perdido en la revolución sus bienes, murió pobre y repentinamente en 1837.

Jelasco A. Macpherson.

LA CREACION DE UN ARTISTA.

Cuando hizo Dios el universo, dijo,
de encantos mil al contemplarlo lleno:
« ¡ Qué cielo tan hermoso, y qué sereno
« brilla el fanal en los espacios fijo!

« Giran los mundos con afán prolijo;
« revuélvense los mares en su seno;
« todo marcha á su fin; todo está bueno »;
y levantó la mano y lo bendijo.

Al retirar la faz encantadora,
contento de sí mismo el Gran Artista,
oyó un gemido y preguntó: « ¿ Quien llora? »

« Adán, Señor, tu creación postrera.»
« Duérme » le dice; y luégo, ante su vista,
miró Adán á su joven compañera.

Cl. Ramirez.

¿Cómo podemos explicarnos el
Origen de los Meandros y Cimacios en las Artes
americanas de la Epoca precolombiana?

DESIGNASE en las artes formativas con los nombres de *meandro* ó *greca* un ornamento, compuesto las más veces de elementos rectilíneos, que "consiste en una faja más ó menos ancha, y forma una como cadena, por la continua repetición de un mismo dibujo" (*Dicc. de la Academia*). La primera palabra trae su origen del nombre del río Meandro en Asia Menor, que es notable por las numerosas vueltas y sinuosidades de su curso; mientras que la palabra *greca* proviene de la circunstancia de que los griegos emplearon este ornamento con mucha frecuencia en sus obras de arquitectura y de cerámica.

El *cimacio* es una moldura en forma de S acostada, compuesta de dos porciones de círculo, unidos entre sí sin hacer ángulos. La palabra es el griego *kymation*, que se deriva de *kyma*, onda.

Ambos ornamentos fueron en efecto muy usados por los artistas de Grecia; pero los encontramos del mismo modo en muchos otros países, y hasta entre pueblos que jamás tuvieron relaciones directas ni indirectas con los helenos.

Cada uno que ha tenido ocasión de examinar las ricas colecciones de tejidos y objetos de cerámica, de la época precolombiana del Nuevo Mundo, en los grandes museos de Europa y de los Estados Unidos, ó de hojear alguna de las grandes obras ilustradas en las que están descritas las extensas ruinas dejadas por los antiguos pueblos semi-civilizados de Méjico, Centro-América y Perú, recordará que en unas y otras los meandros y cimacios son tan frecuentes como en las artes griegas; y aun en nuestros días son de uso común entre tribus que jamás tuvieron otra enseñanza que la práctica trasmitida desde los tiempos de sus mayores.

¿Cómo explicar una coincidencia tan singular, ya que es absolutamente imposible hablar de la trasmisión, directa ó indirecta de estas formas, v. g. de las clásicas riberas del Ilisos ó Eurotas á las márgenes del Apurimac ó del lago de Tezcuco?

Es un error suponer que siempre deba haber habido una conexión cualquiera entre dos ó varias entidades etnográficas, si se observa en ellas una semejanza mayor ó menor en ciertas costumbres ó prácticas de la vida. El hombre es el mismo en todos los países, y procede por consiguiente de idéntico modo en igualdad de circunstancias, por diferente que sea el grado de perfección que alcance en un caso particular. Los mismos procedimientos fueron inventados á menudo en muy diferentes países, sólo que en algunos quedaron

¹ Baralt. — *Historia de Venezuela.*

en el estado de primitiva tosquedad, mientras que en otros tuvieron grandes y muy esenciales mejoras.

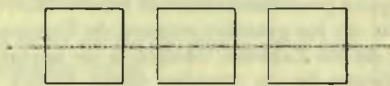
A este axioma, reconocido hoy como tal por la etnografía, debemos en nuestro caso agregar otro no menos importante. La ornamentación, aun de los objetos del uso más vulgar, es tan propia del espíritu humano, que tenemos derecho de considerarla como la emanación de una tendencia general.

Siendo así, debemos buscar los elementos primitivos y más usados de esta ornamentación. Consultando los artefactos que nos han legado los pueblos de otros tiempos, y los que producen aún aquellos cuya industria ha permanecido en un estado primitivo, veremos que estos elementos son de un número muy limitado, pues sólo comprenden el punto, la línea recta y el círculo, empleados ya por sí solos, ya en varias combinaciones.

Podemos prescindir del punto, porque nada se deriva de él para nuestro propósito.

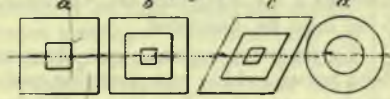
La línea recta la encontramos empleada simplemente como raya, ó formando figuras más ó menos regulares, sobre todo triángulos y cuadriláteros más ó menos regulares. Hay, v. g., muchos objetos de barro cocido que están exornados con fajas de cuadrados (fig. 1), ya incisos en la sustancia de los envases por medio de

Fig. 1.



pedras ú otros útiles puntiagudos, ya pintados sobre ellos de diferentes colores. Lo mismo se observa en las ruinas misteriosas de Centro-América, y con mayor frecuencia aún en los tejidos de algodón ó de otras materias hiladas, como también en las cestas y demás objetos hechos de mimbres ó fibras de palmeras y gramíneas arborescentes. Muy á menudo los cuadrados son múltiples, es decir, en un cuadrado mayor están inscritos sucesivamente otros menores (fig. 2). En el Museo Nacional de Caracas hay

Fig. 2.

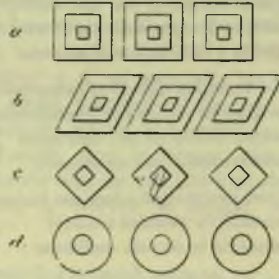


una especie de escudilla, que fue hallada en una cueva cerca de Timotes, en cuyo borde exterior se notan vestigios de una faja de cuadrados quintuples, de tamaño igual y colocados en distancias bastante regulares. La misma encapsulación de una figura dentro de otra se presenta con el rombo, el romboedro y el círculo (fig. 3, a b c d).

Si el trabajo es perfecto, la distancia entre las figuras inscritas queda

en todo sentido la misma, y otro tanto sucede con los intervalos entre los diferentes grupos. Esta igualdad se obtuvo con la mayor facilidad en los tejidos de hilos ó mimbres de diferentes colores, empleándose siempre el mismo número de unos y otros, lo que produjo necesariamente una regularidad perfecta del dibujo. Mas difícil fue formar un diseño tan regular en los artículos de cerámica, aunque tal fue la habilidad de los alfareros peruanos, que apenas se nota algún defecto en este sentido.

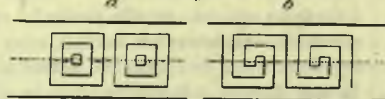
Fig. 3.



Todo lo dicho hasta ahora puede observarse en miles de objetos conservados en los museos etnográficos; pero con el fin de llegar al meandro y al cimacio, es preciso valernos de una suposición de la que no se puede dar una demostración directa. Fue formulada primero por el doctor Stübel, distinguido viajero científico que recorrió por muchos años los países donde floreció la civilización de los chibchas y de los diferentes pueblos del antiguo imperio de los Incas.

Nada es más fácil que la rotura parcial de un objeto de barro ó de un tejido de algodón, y entre los muchos casos posibles debe haberse presentado también el de haber pasado la fractura ó el rasgón poco más ó menos por el medio de la faja de ornamentos, tal como lo indica la línea punteada en las figuras 4 a y 5 a. Si el objeto era de algún valor especial para su dueño, éste trató sin duda de remendar el defecto, y en las tentativas y ensayos de ajustar de nuevo el pedazo roto, pudo suceder que las líneas de un lado no coincidiesen exactamente con las del otro, sino v. g. la primera con la segunda, la segunda con la tercera etc. En este caso la faja de cuadrados (fig. 4 a) se transforma en el meandro (fig. 4 b), y si nuestro hombre era dotado de algún talen-

Fig. 4.



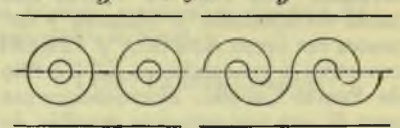
to inventivo ó de cierto gusto artístico, la figura así obtenida por mera casualidad debió llamar su atención é instigar el deseo de imitarla en la ornamentación de otros objetos, y hé aquí el origen del meandro. Es muy fácil convencerse de que realmente de esta manera se forma un meandro de

una serie de cuadrados múltiples: basta para eso trazar en un papel un dibujo como la figura 4 a, cortar en seguida el papel por la línea media ó punteada, y colocar después la sección superior contra la inferior de tal manera, que las líneas cortadas no se correspondan como al principio, sino v. g. la primera de arriba á la segunda de abajo, para lo cual es preciso mover la sección superior tanto hacia la derecha cuanto es la distancia entre los lados de los cuadrados inscritos. Otro meandro se obtiene si la parte superior del papel se mueve dos espacios hacia la derecha, y así de seguida. Los meandros resultarán tanto más complicados cuanto mayor es el número de cuadrados inscritos, y semejante al kaleidoscopio, da este método puramente mecánico un gran número de figuras muy elegantes.

No cabe, pues, duda de que por este procedimiento muy sencillo se obtienen varias formas meándricas; y no parece inverosímil que así realmente pueda haberse inventado este ornamento, no una sola vez y en un solo punto de la tierra, sino muchas veces y por distintos individuos independientemente, puesto que las condiciones indicadas deben haber ocurrido con frecuencia en muy diferentes países y entre pueblos que jamás tuvieron contacto unos con otros.

Idéntica cosa resulta con los círculos (fig. 5 a). Dado el caso de una quebradura pasando poco más ó menos por la línea céntrica, y de un ensayo de remendarla, resultará el cimacio (fig. 5 b), si la parte superior se mueve tanto hacia la izquierda

Fig. 5.



cuanto es la distancia entre el círculo exterior y el inscrito, cosa que cada uno puede verificar, siguiendo las instrucciones que hemos dado arriba.

Compréndese así cómo los dos ornamentos mencionados, usados como están entre pueblos que nunca supieron unos de otros, puedan haber sido la invención independiente del hombre en muchos y muy diferentes lugares de la tierra. No se necesitan, pues, teorías aventuradas ni migraciones quiméricas para explicar la casi universalidad de estas figuras; y un fenómeno etnográfico, á primera vista de origen tan oscuro, entra del modo más natural, como un caso especial, en la esfera de acción de la sencillísima ley de que el hombre, en igualdad de circunstancias, procede en todos los países y tiempos precisamente de la misma manera.

A. Smit.

LOS COCOTEROS

De todas las galas con que la Naturaleza ha dotado á nuestro hermoso lago, ninguna tan señalada, ninguna tan característica como la elegante palmera cuyo verde penacho mece la brisa sobre el enhiesto tronco, convirtiendo cada cimbradora palma en arpa misteriosa cuya sordina melancólica hace soñar con el lejano Oriente y sus sagradas bayaderas.

La han cantado todos nuestros bardos: y aun los trovadores extranjeros que, peregrinos ó proscritos, se reposaron un instante bajo su sombra generosa, acordaron la cítara, húmeda aún con las lágrimas de la amada ausente, y entonaron cántiga de admiración á la reina del follage, á la altiva soberana cuya diadema de esmeraldas se mece allá en los aires, mientras que la onda suspira á sus pies, enamorada, y le ofrece espejo digno de retratar su belleza.

¡Cómo no habían de cantarla, si ella no sólo cautiva nuestros sentidos con su aspecto, sino que influye poderosamente en nuestro espíritu, invitándonos á la tranquilidad y al ensueño! Ella huye del estrépito del mundo, el aire viciado de las ciudades la asfixia; y sólo se esparce y medra en la apartada orilla donde á sus eternas armonías responde el canto del labriego agradecido que recoge su cosecha sin los afanes del cultivo.

¡Cómo no habían de cantarla, si sus palmas forman como un dosel de suspendidas arpas, invitando siempre á preludear en ellas!

Los egipcios tallaron la flor del loto en las columnas de los grandiosos palacios faraónicos; el arte helénico puso la hoja de acanto en el capitel corintio; y la arquitectura copió siempre del reino vegetal las caprichosas y elegantes formas de sus mejores creaciones; pero ni en el valle que fecundiza el Nilo, ni á las orillas del mar Egeo soñó jamás el arte columnas y capiteles como éstos con que la Naturaleza ha levantado inimitable templo á la poesía y al amor, aquí, á la orilla de este lago azul, cuya cristalina linfa lame las gradas del altar inmenso, mientras que los últimos arboles del poniente tiñen de púrpura y de oro las blancas velas que se alejan, trae la brisa entre sus ráfagas las apagadas endechas del

marino, y la garza solitaria busca su nido en el confin lejano.

Por la noche, cuando desde un cielo límpido derrama la luna todos sus fulgores sobre esta naturaleza tropical; cuando el lago, rizado por la brisa, brilla como un mar de derretida plata, adquieren nuestras palmeras los aspectos más variados y fantásticos.

¿Quién sabe por qué crece entonces el penacho de esa palma, y el viento la remece y la despierta súbito, y á su voz el concierto y dulce calma de la noche se rompe, cual si fuera hablando una palmera á otra palmera? ¹

El Fotograbado en el Zulia

++

LA fundación de esta revista hizo patente la necesidad de obtener en esta ciudad clichés tipográficos cuyo mérito artístico fuese suficiente para figurar, sin desdoro, al lado de los que se hacen en el extranjero, en una publicación que, como ésta, aspira á merecer el favor del público tanto por las materias de que trata, como por la limpieza de sus grabados; y desde entonces venimos alentando cuantos esfuerzos se han hecho en ese sentido.

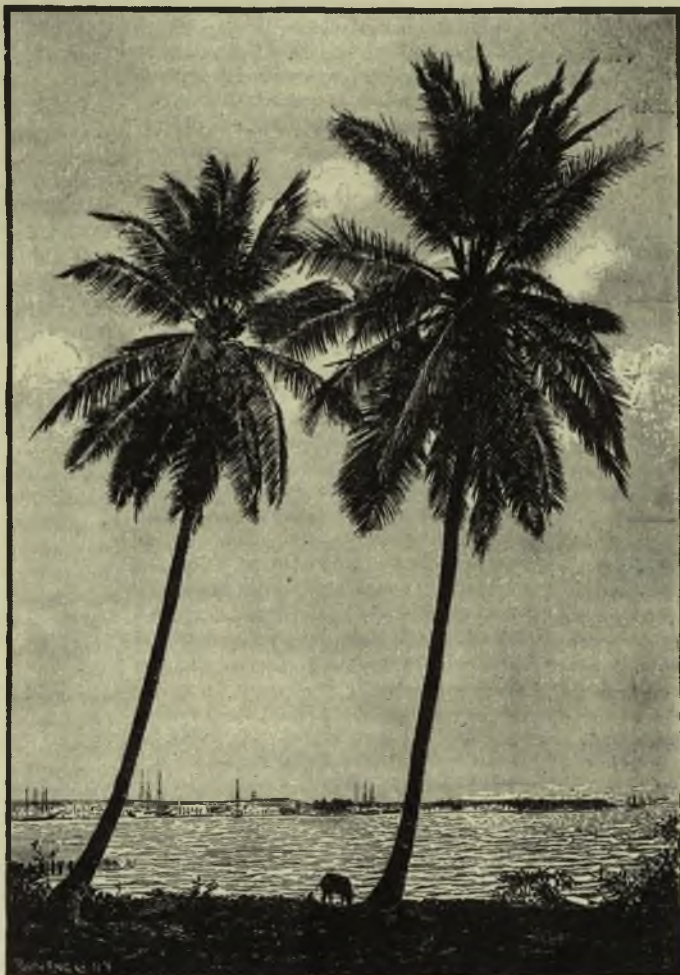
Es, pues, con patriótica satisfacción que consignamos hoy en las columnas de EL ZULIA ILUSTRADO la noticia de un nuevo progreso alcanzado en esta Sección por el ingenio artístico y el estudio perseverante de uno de sus hijos: nos referimos al grabado en metal, obtenido, por medio de la fotografía y de manipulaciones tan diversas como delicadas, por nuestro distinguido amigo el señor Arturo Lares, laureado fotógrafo zuliano.

El señor Lares, con verdadera intuición del arte y con ese ahinco investigador que siempre es promesa de triunfo en trabajos como el que nos ocupa, ha logrado fabricar el fotograbado que figura en la página 100 del presente número, ilustrativo del artículo referente á la *Mygale Avicularia*. Es la primera muestra de sus ensayos, y la primera manifestación de un éxito que será completo no muy tarde, si, como es de esperarse, aquel amigo continúa con la misma constancia sus ensayos, hasta adquirir con la práctica y con más

amplios estudios el lógico perfeccionamiento de un ramo artístico estrechamente unido con su profesión.

El mérito mayor del resultado alcanzado por el señor Lares estriba en que todo se debe al estudio, hecho con inteligencia clara, de una materia antes enteramente desconocida para él, y á la paciente investigación que no se arredra por fracasos momentáneos.

En los números sucesivos de EL ZULIA ILUSTRADO tendremos el cuidado de advertir cuando un grabado sea obra del artista zuliano; y así podrán apreciarse debidamente los progresos que vaya él alcanzando para gloria suya y legítima satisfacción del Zulia.



MARACAIBO.—Cocoteros á la orilla del lago.

¡Las palmeras! ¡Quién pudiera cantarlas!

Ellas arrullaron mi humilde cuna, cobijaron con su sombra mis juegos infantiles, tuvieron siempre eco simpático para mis juveniles alegrías y para mis dolores más acerbos. ¿Cómo no habría de cantarlas también yo, si Dios hubiera puesto en mis manos el dorado plectro y en mis labios la nota arrobadora del poeta!

* * *

¹Yepes - La Medía Noche á la claridad de la luna.

Nuestros Orígenes.

DESCUBRIMIENTO. — CONQUISTA. — EPOCA COLONIAL Y EMANCIPACION POLITICA DEL ZULIA.

Noticias Históricas de las Conquistas de Tierra Firme

POR

FRAY PEDRO SIMÓN.

CAPITULO XVIII.

SUMARIO.—I. Sirven de mala paz los indios Zaporas en el pueblo de la laguna: describe-se su barra.—II. Rinden los Zaporas una fragata, y quedan del todo rebelados.—III. Modo de guerra de los de Maracaibo contra estos indios.—IV. Intentan los Zaporas hacer guerra á sus convecinos. Pretende el Gobernador Sancho de Alquiza atajar estos inconvenientes, para que da comisión á Juan Pacheco Maldonado.

ENTRETANTO que pasaba esto con los indios Quiriquires en Gibraltar, no corrían mejores fortunas los del pueblo de la Nueva Zamora con los indios Zaporas, que vivían á la boca de la barra en número hasta treinta y cinco, que habían quedado de los muchos que eran á sus principios, cuando (como dejamos dicho en los de este libro) flecharon el navío en que entró derrotado por esta barra el Obispo de Santa Marta, don Fray Martín de Calatayud. Sustentaban éstos ahora en estos tiempos el pueblo de la Nueva Zamora, de pescado con abundancia, por la mucha que hay de ello en toda la laguna, en especial por aquel paraje, y en algunos tiempos del año, en que suelen pasar tan grandes cardumes de lizas, que para tomar todos cuantas querían, se juntaban con sus canoas todos en el estero, por donde iban pasando y dando con palos en el agua, y á las veces en ellas, se alborotaban y saltaban, de suerte que entraban en las canoas, hasta que las llenaban ó tenían la cantidad que querían. Servían también de enseñar la barra á las fragatas que entraban á cargar los frutos de la tierra de la ciudad de Cartagena, que eran cada embarcación, de las dos que se hacen cada año, diez, una ó dos, más ó menos, porque la barra no sonda más que de diez hasta doce palmos de agua, y éstos se mudan muy de ordinario, por los bancos de arena que hacen las avenidas y crecientes de la laguna y movimientos de sus aguas. Tiene dos bocas la barra (que corren, como dejamos dicho, Norte Sur), las cuales divide una isla, ambas con la misma dificultad de bancos de arena, aunque la de la banda del Leste la tiene menor, por ser algo más sondable que la del Oeste. No les pareció á estos belicosos indios sufrir aún estas pequeñas ocupaciones, que más eran ejercicios suyos, pues no tenían otros, aun antes que entraran los españoles, y así poco á poco se iban rebelando, acudiendo desganados á ellos, hasta el año de mil y quinientos y noventa y ocho, que viniendo una fragata de Cartagena, dio fondo cerca de la barra sobre tarde, para ver mejor otro día por dónde había de entrar. Apenas se hubo anclado, cuando se le allegaron dos ó tres canoas de estos Zaporas, cada una con dos indios ó tres á lo más, porque ellos no tienen embarcación de más porte, y dando muestras de la grande amistad que hasta allí (ó por ventura más para paliar mejor sus intentos), dieron pescado á los navegantes, como solían, por algunos rescates de cuchillos, espejos, cascabeles y otras cosas de Castilla, de poca consideración, todo esto para más asegurarlos.

Vueltos á sus casas, ya á boca de noche determinaron, con lo oscuro de ella, quemar la

fragata, y poniéndolo por obra, vinieron en una canoa muy al secreto, y arrimándosele sin que los sintiera la gente, por estar dormida, pegaron fuego en la cubierta de la popa, que era de palmicha. Los primeros que acaso lo vieron dieron voces, despertando á los demás, cuando ya estaba tan encendido, que la diligencia de apagarle fue en vano, y no la que pusieron los indios en tener en un punto rodeada la fragata con sus canoas, y comenzar á flechar luego la gente, que se podía mal librar de las flechas, con la confusión en que estaban del fuego, y el poco reparo de bordo que tenía la fragata, con que no se escapó de las manos de la muerte ninguna de setenta y dos personas que iban en ella, sin peligrar ninguno de los indios, ni salir aún con un pequeño rasguño, con que se enseñorearon de ella y de cuanto traía de ropa, vino, aceite, mucha moneda y barras de oro, aunque después pareció mucho de ello. Habiéndose con esto quitado la máscara que traían hasta allí en su rebelión, comenzaron, muy á lo descubierto, á mostrarse enemigos de los nuestros y quedar tan señores de la barra, que los años que duraron allí adelante, que fueron ocho ó nueve, hasta que se les dio fin, como sabían ya el tiempo de las embarcaciones en que habían de entrar las fragatas, algunos días antes, más ó menos, se ponían á aguardarlas en la barra, á la mira de la que tocaba, sobre quien daban luego como gallinazos sobre cuerpo muerto, y la rendían no con mucha dificultad, porque con la alteración y alboroto que tenía la gente en ver los indios al ojo y encallados en un reventadero de mar, nadie acertaba á mear las velas, todo era zagarrera y confusión, porque aunque algunas veces salían al fondo, por ser los bancos de la arena muerta y chata la quilla de la fragata, y sucedía que con el movimiento de las aguas y fuerza de las velas rompía el banco de arena y llegaba donde podía nadar. Otras sucedía al contrario, que como no había concierto en mear, la hociaban más dentro de la arena, y aun sucedía dar la brisa con ellas á la costa, sin poder el gobernanle reparar este daño, con que sobrevenía luego el de los indios, pues en conociendo que había topado, estando solos ciento ó ciento y cincuenta pasos de ella, con arcos y flechas en sus canoas, saltaban de ellas al agua (que las recojían los muchachos y mugeres, que venían con otras detrás) y nadando en seis brazas que tiene de fondo todo el placel de cerca la barra, disparaban flechas, como si estuvieran en tierra firme, con tanta violencia y fuerza, que por encima el tope pasaban algunas doscientos pasos á la otra banda y así nadando y flechando se iban llegando á la fragata, que como es rasa, como hemos dicho, defendía poco á muchos, y en viendo que ya habían quedado pocos sin morir ó caer rendidos, gateaban por ella y todo cuanto tenían dentro, con lo cual mataron más de cien hombres en veces, fuera de los de la primera fragata.

Al salir de la barra no había estos peligros, porque la sondaban primero que saliesen, y poniendo por la más segura sus marcas á trechos, que señalasen lo sondable, pasaban sin tocar y sin peligro por salir todas juntas, y con ellas dos barcas con treinta ó cuarenta soldados arcabuceros del pueblo. Á quien duró esta guerra ocho ó nueve años, en que se gastó mucha hacienda é innumerables trabajos, todo sin provecho ni minorar un indio de los treinta y cinco, porque como los soldados salían en su demanda en canoas grandes, cargadas de sus comidas (y no con las bogas necesarias), para poder correr con ligereza, si encontraban con alguna de los indios, en lo ancho de las aguas, no era posible darle alcance, y si en parte don-

de no les era posible á los indios huir, y que por fuerza hubiesen de pelear, como muchas veces sucedía, arrojábanse al agua, sin poder ver á ninguno, sino era cuando ya salida de abajo, con la flecha en el tendal, y disparándola con poca menos fuerza y violencia que la bala de sus escopetas, se volvía á zambullir, y parecía otra vez de allí á veinte pasos, armado otra vez el arco, habiendo hecho esto debajo del agua, y puesto la flecha tan en su punto para dispararla, como si estuviera en tierra firme.

Las balas de las escopetas no les podían hacer daño, porque en dando en el agua saltaban arriba, resistiéndoles el agua por el calor con que iban; la puntería tampoco era de efecto, por la variación de salir ahora en una parte y después en la otra, que también era causa para no ser de provecho la industria que tuvo un buen Capitán de disparar el arcabuz en lugar de bala con una baqueta y un casquillo de hierro, con una saeta en la punta, para que penetrando las aguas, buscasen debajo de ellas al enemigo, porque el no poder atinar tampoco con la puntería á parte cierta, hacía siempre incierto el tiro, con que andaban los soldados apereados de noche y de día, y los indios con crecidas avilantees y bríos, pues los tuvieron para poner en ejecución otra maldad, sobre las muchas que hacían el año de mil y seiscientos y seis, intentando hacer guerra á los naturales de los otros pueblos sus convecinos, que estaban de paz, también dentro de la Laguna, Moporo, Tomoporo y Paraute, porque decían eran ellos los bogas que venían con los cristianos á inquietarlos, y no teniéndolas, no podrían hacerles mal alguno. Pusieron esto en efecto, y los de los tres pueblos en alzarse huyéndoles, que aunque no fue por modo de guerra contra los españoles, pero al fin rebelados, se seguían mayores inconvenientes que hasta allí, los cuales pretendiendo atajar el Gobernador Sancho de Alquiza, que á la sazón lo era de todo aquel partido de Venezuela, el año siguiente de mil y seiscientos y siete, á dos de Enero, despachó recados desde la ciudad de Santiago de León de Caracas, al mismo Capitán Juan Pacheco Maldonado, su Teniente, que aun lo era en aquel pueblo de la Laguna, para que haciendo leva de gente en todos los de aquella Gobernación, y si fuere menester en los del Corregimiento de la ciudad de Mérida, ó en otros del Nuevo Reino, tomase más de propósito que hasta allí el castigo y pacificación de aquellos indios Zaporas, probando mejor ventura que la habían tenido los de Maracaibo.

CAPITULO XIX.

SUMARIO.—I. Sale el Capitán Pacheco de la ciudad de Trujillo con gente y llega á la de la Laguna en dos barcos, desde donde sigue su viaje.—II. Encuéntrase el Capitán Pacheco con Nigale, indio principal de los Zaporas, y pretenden engañarse el uno al otro.—III. Juntanse los indios Zaporas y su principal Nigale con el Capitán Pacheco y sus soldados.—IV. Matan y prenden los nuestros con buen ardid á todos los indios Zaporas.

HABiendo sacado el Capitán Pacheco de su ciudad, Trujillo, cincuenta soldados, todos sus parientes y amigos, el mismo año de mil y seiscientos y siete, y llegado con ellos al puerto de Moporo, diez y ocho leguas de ella por tierra, y otras tantas de la de Maracaibo por agua, se embarcó en dos barcos capaces para todos, y dándose á la vela enderezó su viaje á la barra principal y más cierta asistencia de los Zaporas; y tocando de camino en la ciudad de la Nueva Zamora (cuyos cimientos beben las aguas de la misma laguna) sin detenerse en ella, porque no se diese lugar á que tuviesen

aviso los Zaparas de su viaje por indios ladinos de los que servían en ella, como suele suceder. Los soldados ordinarios de aquella guerra y ciudad, aunque los recibieron como amigos, en lo poco que estuvieron en su puerto, les comenzaron á dar la vaya con risa y burla de los intentos y determinación que llevaban los trujillanos, diciéndoles por contrario sentido, que tan buena y lucida gente no podía dejar de acabar la guerra, pero que sería la de los bizcochos, alfajor, conservas y rosquillas (de que no faltaba entre el demás matalotaje que llevaban) y que á los dos días los aguardaban allí de vuelta, victoriosos de todo esto. No parece iban estas burlas fuera de camino, por la experiencia que tenían de nueve años de aquella guerra; y siendo de los mejores soldados que pisan aquellas costas, y los indios enemigos de los más valientes, y sobre todo habiendo ellos hecho hasta allí las salidas en canoas, en que podían entrar donde querían por la boga, y éstos ir con barcos á la vela, sujetos al viento, que aun para tomar puerto llano les había de ser dificultoso; pero no haciéndosele tanto al Capitán Pacheco como ellos lo pintaban, confiando más en las fuerzas divinas que en las suyas, tomando por entretenimiento lo que le decían, alzó velas y tomó la vuelta de la barra, y como á dos leguas de ella le salió al encuentro una canoa, con dos indios que llegándose cerca de los barcos, sin temor de los que iban en ellos, pretendieron reconocerlos y ver qué gente era la que tan fuera de tiempo iba por aquella derrota, porque como diestros en guerras de españoles, tenían su seguro; pues si fuese gente chapetona y no soldados hechos, no les harían ningún daño sin hablarles primero, y cuando fuesen vaqueanos y cursados en aquellas guerras, tampoco les ofenderían, pues les dirían que iban á darse de paz y servir á sus amos, con condición que los tratasen bien. Palabras ordinarias suyas con que engañan cada día á todos, y los Capitanes bien ó mal las creen así, ó pasan por ellas, porque matando ó prendiendo á un indio ni dos, que vienen de esta manera, no se hace la guerra; antes de ordinario se suelen acariciar y regalar, intentando si por este medio se pudiesen traer los demás.

Llegados, pues, los de la canoilla á que los pudieran oír los de los barcos, preguntó uno con voz bien atrevida que quiénes eran y á dónde iban, á quien el capitán respondió: que quién era el que lo preguntaba, y el indio: yo soy Nigale. Este era el principal de aquellos indios Zaparas, no sé si por ser Cacique, ó á quien obedecían, como á más valiente, como suelen algunas de estas naciones. El Capitán le dijo: légate acá, que me alegro mucho de encontrarte, porque yo soy Juan Pacheco, y sabes que tengo obligación de quererte bien; esto dijo porque el Nigale había sido paje de su padre el Capitán Alonso Pacheco, en aquel pueblo, cuando lo fundó, como dejamos dicho. El Nigale respondió en lengua castellana, en que era bien ladino: pues si me quieres bien, por qué me vienes á hacer guerra á mí y á mi gente con esos soldados? respondiome el Capitán: yo no pretendo hacerte guerra ni mal alguno, pues sólo los traigo por el miedo que tengo á ti y á tu gente, que no habéis de dejar cargar estos barcos de sal, que es á lo que vengo; pues ya podrás echar de ver la falta que tenemos de ella en Trujillo, después que tú y tu gente os alzasteis, y si tú con ella me los quisieréis cargar, te lo pagaré muy bien, y sin pasar adelante tomaré la vuelta del puerto. Esto decía el Capitán Pacheco, porque la salina que abastece toda aquella tierra, estaba en la de estos indios. No había acabado esta razón el Capitán, cuando ya tenía el Nigale fabricada

la traición y modo que había de tener para matarlos á todos, en que tampoco se descuidó Pacheco, pues á lo mismo fue tirando en esto que le dijo. Aceptó luego el indio (para asegurar más lo que de presto fabricó) diciendo lo haría con gana, porque lo quería bien, por ser hijo de su amo, y á todos los de Trujillo, porque nunca les habían hecho mal. Concertáronse, y que al otro día viniese el indio á la salina, que está como una legua de la barra, y trajese su gente, porque él iba con la suya y los barcos á hacer noche en ella. Aceptó esto Nigale, con condición que no había de sacar armas el Capitán ni sus soldados; el Pacheco le dijo fuese así; pero que tampoco él ni su gente las habían de traer.

Despidióse con esto el indio muy contento, sin querer recibir nada de lo que le quería dar luego el Capitán, haciendo cuenta que allí se le tenía seguro, y lo demás que traían en los barcos, para el día siguiente, que llevaba por sin duda el haberlos á las manos. Lo que le quedó del día, y toda aquella noche gastó Nigale en avisar á su gente y asegurarlos de la presa cierta que tendrían presto guardando la traza que les daba en el embestirles, con que todos, codiciosos de lo mismo, al quebrar del alba, ya estaban juntos con todas sus mugeres y chusma, dentro de un estero escondido á la banda del Leste en tierra firme, como dos tiros de mosquete de la isla. De aquí salieron los indios en sus canoas, que eran hasta veinte y cinco, y en otras quedaban sus mugeres con las armas y orden, que en viendo la seña que se les debía de hacer, viniesen todas (que sabían bogar y nadar tan bien como ellos), con achaque de que les traían de almorzar. Llegaron á la isla todos muy alegres, con sus levantados penachos de varias plumas, el Nigale el primero, donde halló al Capitán Pacheco desembarcado con su gente, á quien había dicho que de secreto llevase cada uno un cuchillo gifero, metido, sin que se viese, entre la manga y el brazo, para lo que se ofreciese, porque aun no tenía dada traza del modo que habían de tener para acabar con los indios, por no saber la ocasión que se podía ofrecer, aunque todos habían de estar alerta para no dejar perder alguna. Alborotáronse los dos Capitanes, y con palabras de amistad se la dieron y las manos, que de allí adelante habían de ser grandes amigos, y para señal de esto mandó sacar el Capitán Pacheco una petaca de bizcocho con que almorzasen todos, y viniendo tiada con unos látigos de cuero yertos y secos, cuando la fueron á abrir no podían, y diciendo el Capitán que cortasen el cuero, respondió el soldado que andaba por abrirla muy enojado: cuerpo de Dios, hemoslo de cortar con los dientes, si vuesa merced manda que ni aun un cuchillo saquemos? No se alegró Nigale poco de esto, pareciéndole tenía más segura su presa, al fin con un hueso de un pescado que se toparon allí, que era á modo de sierra, cortaron el cuero y sacaron el bizcocho, de que tomaron á su gusto todos los indios, fuera de Nigale y otro más valiente que los demás, que parece que por más graves se retiraron un poco; á los cuales dijo el Pacheco: tomemos nosotros también un bocado para beber una vez de vino, que luego sacarán para que se haga muy bien de almorzar.

Llegó en esto el Capitán á la petaca para tomar bizcocho, y los dos indios con él, pero al tiempo que se bajaron los asíó fuertemente á ambos de los cabellos con ambas manos, y diciendo Santiago, cada dos soldados que estaban arrimados á un indio entreteniéndole y chocarreándose con ellos, se abrazaron al que les cupo animosamente, y sacando sus cuchillos con la brevedad que pedía el caso, les abrian

las barrigas por estar todos desnudos, y en un punto los tenían destripados casi á todos; si bien hubo indio que con las tripas por el suelo, con las furias y ansias de la muerte, metió á sus dos soldados forcejeando en el agua, y si otros no los socorrieran, que estaban ya desocupados por tener muertos ó amarrados á los que les cupieron por suerte, los ahogara en ella. El Capitán Pacheco estaba forcejeando con sus dos valentísimos indios, donde hizo buena prueba de serlo también él, y de su valiente ánimo tanto como lo es su cuerpo, que es de la mayor estatura y bien proporcionada que tiene aquella tierra, y de poco más de treinta años que tenía á la sazón; al fin acudiéndole con socorro y algunas heridas que dieron á los dos indios otros soldados, sin habérsele podido entre tanto escapar de sus manos los dos, los amarraron como hicieron algunos soldados á otros, que por todos quedaron presos once, algunos muy mal heridos y otros no tanto, y los catorce muertos sin que soldado ninguno peligrase.

A MARACAIBO.

Tu rango y tu altivez, en toda parte,
de pueblo libre, asunto es de alabanza;
y espléndidos así tu nombre alcanza
timbres que el juicio universal imparte.

La ciencia te honra, te enaltece el arte,
la gloria en pos del porvenir te lanza;
que, alta la frente y llena de esperanza,
tremolas del progreso el estandarte.

Patria, salud! Al fuego en que me abraso,
te ven mis ojos, en tu suerte fijos,
surjir triunfante de tus justas lides;

Y el laurel que recojes á tu paso,
colocar en la frente de tus hijos
con rayos de la lumbré que despidies.

Carlos L. Marin.

LA ARAÑA CANGREJO

(*Mygale avicularia*, Latreille.)

Traducido del francés para

"El Zulia Ilustrado"

POCOS animales inspiran una repulsión tan viva y tan general como la gigantesca araña cuya fiel imagen de tamaño natural presentamos hoy á nuestros lectores. La *araña cangrejo*, como se la designa vulgarmente en algunas regiones sur-americanas, ó *araña peluda*, como la llaman en otras, inspira horror donde quiera que se la encuentra. En las Antillas, en los bosques de Venezuela, de Colombia, del Brasil, de las Guayanas ó del Ecuador, su repulsivo aspecto ha dado origen, tanto entre los naturales como entre los viajeros, á un terror que la imaginación de los indígenas contribuye á exagerar. Muchas veces, tendido en mi hamaca, durante las largas veladas de las noches equinociales, he oído á los indios y á los peones agrupados en redor de la fogata que alumbraba

nuestro campamento de la selva virgen, contarse mutuamente historias ó, mejor dicho, fábulas en las que las serpientes, los vampiros y las arañas gigantesas desempeñaban importantísimo papel. Á medida que avanzaba la noche, crecía de punto lo extraordinario de las narraciones: de las hecatombes de pájaros devorados en sus nidos por la *araña cangrejo*, de largas y peludas patas y de envenenados colmillos, el orador pasaba á hechos más dramáticos; y más de una vez los últimos resplandores de la hoguera moribunda daban fantástica decoración á la referencia en que figuraban niños dejados exangües en su cuna por aquellos horribles animales.

Aun despojada de estas exageraciones locales tan frecuentes entre los espíritus débiles ó poco cultivados, la historia de la *araña cangrejo* ofrece grandísimo interés.

Las costumbres de este insecto son menos conocidas que las de sus congéneres de Europa, ya sea por que saliendo generalmente á cazar por la noche, se la encuentre rara vez, ya porque sabe escoger su vivienda en lugares poco accesibles.

Durante mis viajes por la América equinoccial, he podido verlo varias veces en su estado natural: y creo hallarme en capacidad de agregar algunas observaciones personales á las que han hecho los viajeros que me han precedido.

De varios centenares de especies de arañas descritas hasta hoy, ésta es la más voluminosa: el mayor ejemplar que he podido capturar (el mismo que ha servido para hacer el dibujo adjunto) mide exactamente, con las patas extendidas, 18 centímetros de diámetro.¹ Su nido se compone de un tegido blanco y sedoso de varias capas gruesas, está sostenido por hilos muy fuertes, rígidos y suficientes para detener un pajarito. En el centro están colocados los huevos que pueden llegar al número de 1,500 á 2,000. Desde que las arañas salen del cascarón, los bachacos les declaran aun guerra encarnizada, pues constituyen para ellos un alimento delicado: esta destrucción sirve por fortuna para contrabalancear los destrozos que haría aquel repugnante insecto si se multiplicase con demasiada abundancia.

El animal adulto, cuyo cuerpo no mide menos de 7 centímetros sin contar las patas, es tan feroz como su

aspecto lo indica. Todo su cuerpo está cubierto de largos pelos de un rojo ferruginoso, tiene ocho ojos, de extraña manera agrupados en una pequeña prominencia; y en la extremidad de los colmillos, negros, fuertes y pulidos, se encuentran los *palpos* en forma de patas, terminado cada uno por un enorme aguijón negro, lustroso, con una protuberancia que le hace muy semejante al dardo del escorpión, y que como aquél, está lleno de un veneno peligroso. No son ésas, sin embargo, sus únicas armas, pues en la extremidad del abdomen, dos glándulas contienen un líquido abundante y corrosivo que la araña puede lanzar contra su enemigo para cegar-lo ó insensibilizarlo. Agrégase á esto una fuerza muscular tan considerable, que con dificultad se la puede desprender, aunque esté agarrada de un cuerpo liso.

por una de esas arañas en la Cordillera occidental de los Andes de Nueva Granada:

“En la quebrada de Tulpas, la vegetación de los monocotiledóneos presenta aspectos desordenados de una belleza salvaje. Sobre sus pintorescas orillas, profundamente encajonadas, admiro aquella variada vegetación que se inclina hacia las turbulencias aguas. Preciosos pájaros-moscas cruzan el aire lanzando su grito agudo: al pasar junto al tronco de un enorme *Ficus*, veo una de esas joyas vivientes (la *Lesbia Amarillys*) posarse en la rama sarmentosa de un *Piper*. Allí está su nido: me aproximo para atraparlo; pero en el momento mismo en que tiendo la mano, una araña monstruosa, la *Migale avicularia*, se precipita sobre él y le agarra por el cuello; acudo á la defensa del precioso pajarillo, consigo



LA ARANA CANGREJO. — *Mygale avicularia*, Latreille.

Es muy raro sorprender á la araña cangrejo cazando de día; á menos que sea cerca de su nido y en lugar oscuro: pero desde que el sol declina, sale de su retiro y ataca con la agilidad de todos sus congéneres y con rara intrepidez, á animales mucho más fuertes que ella, como los lagartos, y aun se asegura que las serpientes: salta sobre su presa con la velocidad del rayo y la agarra por la parte superior del cuello, aniquilando toda resistencia. Si sorprende á un colibrí echado sobre sus huevos, le clava sus terribles aguijones entre la base del cráneo y las primeras vértebras, le inyecta su veneno que lo paraliza, y chupa luego la sangre de su víctima.

En la relación de mi viage publicado en *Le Tour du Monde*¹ he contado en los siguientes términos cómo y en qué circunstancias fui mordido

que el insecto suelte su presa, pero me salta á la cara y me muerde en el lado izquierdo del cuello. No obstante la aplicación casi inmediata de agua fenicada, resultó de esta picadura un tumor cuya cicatriz me acompañará toda la vida.”

La picadura causa un dolor agudo, pero es un error suponerla muy peligrosa; en realidad lo es menos que la de otras arañas más pequeñas. Una fiebre que puede durar 24 horas, más ó menos intensa, según la elevación de la temperatura ambiente, un malestar que dura varios días, hasta que el veneno esté completamente eliminado, tales son los únicos accidentes que produce.

Ed. André.



¹ El Director de EL ZULIA ILUSTRADO ha tenido en su poder dos ejemplares vivos de este insecto, de las indicadas dimensiones, capturados ambos en las selvas de esta Sección de la República.

¹ Vol. XIX, pág. 346.